6

REAL ACADEMIA SEVILLANA

DE

BUENAS LETRAS

CONMEMORACION

DEL ANIVERSARIO CCLX

DE LA

MUERTE DE CERVÁNTES

EN EL DIA 23 DE ABRIL DE 1876



SEVILLA: 1876

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, *impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier,*
Tetuan, 24.

ACTAS

JUNTA EXTRAORDINARIA

DEL DOMINGO 23 DE ABRIL DE 1876

CONCURRENTES

Los Sres.
De Gabriel, *Director*.
Santos, *Vice-Director*.
Asensio, *Censor*.
Alcaide, *Secretario 2.º*
Campos.
Rios.
García Portillo.
Bueno.
Márquez,
Y el infrascrito *Secretario 1.º*

Reunidos los Sres. Académicos que constan al márgen, á las diez de la mañana, en la Iglesia Parroquial del Arcángel San Miguel, con objeto de asistir á las Honras fúnebres acordadas por la Corporacion para el dia de hoy, aniversario CCLX de la muerte de Miguel de Cervántes Saavedra, en sufragio del alma de tan esclarecido Escritor, Príncipe de nuestros ingénios, se verificó el acto cantándose una Misa por el Presbítero Sr. D. Francisco García Portillo, Académico de número; en la cual oficiaron como Diácono y Sub-Diácono dos Sres. Sacerdotes adscriptos á dicha Parroquia.

Concluida esta parte de las Honras, se cantó un solemne Responso, con lo que terminó el acto, de que certifico.

El Director,
FERNANDO DE GABRIÉL Y RUIZ DE APODACA.

El Secretario 1.º,
GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE.

JUNTA PÚBLICA
DEL DOMINGO 23 DE ABRIL DE 1876

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. DIRECTOR

CONCURRENTES

Los Sres.
De Gabriel, *Director.*
Santos, *Vice-Director.*
Asensio, *Censor.*
Sota, *Bibliotecario.*
Alcaide, *Secretario 2.º*
Bueno.
Campos.
Rios.
García Portillo.
Fernandez.
Dominguez Bécquer.
Góngora.
Guichot.
Solís.
Chiralt.
Márquez.
Millet.
Moreno.
Velilla,
Y el infrascrito *Secretario 1.º*

Reunida la Academia con asistencia de los indivíduos de su seno, anotados al márgen, para adjudicar en Junta pública y solemne los premios ofrecidos en el Certámen poético abierto para conmemorar en el dia de hoy el aniversario CCLX del fallecimiento de Miguel de Cervántes Saavedra; acto al cual concurrian asimismo los Sres. Conde del Cazal, Presidente de la Excma. Diputacion Provincial; Ilmo. Sr. D. José María de Ibarra, Presidente del Excelentísimo Ayuntamiento; Sr. D. Cristóbal Ruiz Canela, Dean de la Santa Iglesia Catedral; Sr. D. Francisco Javier Lasso, Vice-Presidente de la Academia de Medicina y Cirujía; Sr. D. Antonio Rivera, Director de la Escuela de Medicina; Sr. D. Cristóbal Domingo, Fiscal de la Audiencia; Excmo. Sr. D. Lorenzo Nicolás Quintana, Ex-Consejero de

Estado, como tambien un numeroso y selecto público compuesto de personas de ámbos sexos, ávidos todos de rendir un tributo de admiracion á la memoria del Príncipe de los Ingenios españoles; abrió el Excmo. Sr. Director la sesion á la una y media de la tarde, rezándose las Preces que previene el Reglamento.

Seguidamente el Infrascrito leyó el acta de la Junta celebrada en 10 del corriente Abril, en la parte referente al Certámen, y que dice así:

«Dióse cuenta del dictámen de la Seccion de Literatura referente al Certámen poético dedicado á conmemorar el CCLX aniversario de la muerte de Cervántes, que es como sigue:

«La Seccion de Literatura ha examinado con todo detenimiento las ocho composiciones poéticas, presentádas en tiempo hábil, para optar á los premios que han de distribuirse en el Certámen poético dedicado á conmemorar el aniversario CCLX de la muerte de Miguel de Cervántes Saavedra, y tiene el honor de someter á la consideracion de la Academia el resultado de sus unánimes acuerdos, para que en su superior criterio determine lo que crea mas acertado.

»Empiezan los Académicos que componen la Seccion por felicitarse del éxito obtenido en el presente año, toda vez que la mayoría de las composiciones sobre que emiten dictámen son muy dignas de aplauso, habiendo entre ellas algunas de relevante mérito y que serán siempre honor de sus autores. Grato es en verdad para la Seccion, y no lo será ménos para la Academia, ver coronados sus esfuerzos y notar el creciente progreso que de un año á otro se advierte, halagando la esperanza de que el solemne acto, que en honra del Príncipe de nuestros Ingenios celebramos, llegue á considerarse como grande y magnífica fiesta nacional.

»Cinco composiciones poéticas, de las ocho presentadas, cantan las glorias de Cervántes, y tres tratan de asuntos relativos á la Histǿria ó á las tradiciones de Sevilla. De entre las referentes al primer tema, una no puede tomarse en consideracion, por venir firmada, contraviniendo así á la base sexta del programa, y otra cuyo lema es: *El templo de la Gloria no está en un valle ameno* (Saavedra), carece, en sentir de la Seccion, de mérito suficiente para entrar en comparacion con las demás. De las tres restantes, considera la Seccion que las *Décimas* que llevan por lema *Voto á Dios que me espanta esta grandeza* son dignas de obtener el *accesit*, y por tanto de ser leidas en la Junta pública del dia 23: en cuanto á las dos *Odas*, de que áun falta tratar, cuyos lemas son: *Hispaniae decus* de la una, y

Que tienen para mí, á lo que imagino,
la voluntad, como la vista, corta,

de la otra, juzga la Seccion que son igualmente dignas de premio, y deja á la resolucion de la Academia el fallo, despues de escuchar su lectura.

»Si la una brilla por la energía, la fuerza y la entonacion, la otra está salpicada de propios y bellísimos pensamientos y aparece escrita con notable correccion. Si en la una resaltan gran vigor y una robustez de ideas no ménos grande, hacen notable la otra la dulzura y delicadeza de los sentimientos: perpleja y dudosa la Seccion abandona la resolucion al superior criterio de la Academia.

»Tres son las leyendas presentadas, y empieza la Seccion por confesar con pena que se ve obligada á excluir del Certámen á la titulada *Rioja*, por creerla fuera de las condiciones del programa. Su autor no trata en ella asunto alguno de la Histǿria ni de las tradiciones de Sevilla: limítase á presentar en escena á Rioja como protagonista de una sencilla y breve fábula amorosa. No dejará la Seccion, sin

embargo, de tratar de esta leyenda, sin consignar que está hábilmente escrita, y que reina en toda ella interés en la fábula, galanura en la versificacion y belleza en el estilo.

»De las otras dos, la titulada: *El Pintor y su modelo*, es muy digna de premio y la Seccion lo consigna gustosísima, sin detenerse á enumerar sus múltiples bellezas que conocerá por su lectura la Academia; la que lleva por título *Itimad*, merece con justicia los honores del *accesit*.

»La Seccion termina su cometido devolviendo adjuntas las composiciones, manifestando el placer con que se ha ocupado en tan grata tarea, y el aplauso que tributa á los autores de las obras mencionadas.

»Toca ahora á la Academia resolver lo que en su ilustrado criterio juzgue más acertado.»

El Secretario accidental de la Seccion,
GONZALO SEGOVIA.

»Seguidamente se leyeron dos comunicaciones, que á la letra decian así:

Sr. Director de la Academia Sevillana de Buenas Letras.

En el vehemente deseo de asociarme al noble propósito que guía á esa Corporacion, al abrir un Certámen literario, en el cual han de concederse premios á las mejores composiciones que se presenten en alabanza del Príncipe de los Ingenios, tengo la satisfaccion de ofrecer á la misma el adjunto ejemplar de la obra titulada *Ecos de las Montañas*, cuyo texto es debido á la pluma del célebre poeta D. José Zorrilla, y la ilustracion de Gustavo Doré, para que sirva de premio á la poesía que, cor-

respondiendo al primer tema propuesto por la Academia, sea digna de distincion; y si entre las presentadas para el presente año no existe alguna de bastante mérito, puede reservarse para el año venidero.

Ruego, por último, á esa Real Corporacion acepte benévola el modesto don que la ofrezco, guiado por el deseo de estimular á la juventud en estas provechosas lides del ingenio, y que aprecie los motivos que me impulsan á conservar el anónimo. Sevilla 9 de Abril de 1876.

UN ADMIRADOR DE CERVANTES.

Sr. Presidente de la Academia de Buenas Letras.

Habiéndose hecho público que la leyenda titulada *Itimad* ha sido escrita por el que suscribe, no es posible que tome parte en el Certámen, por estar así precisamente determinado en la base sétima de la convocatoria.

Al hacerlo así presente, muéveme un deber de conciencia que harto comprenderá V. S. en su elevado criterio.

Dios guarde á V. S. muchos años. Sevilla 10 de Abril de 1876.

JOSÉ SANCHEZ ARJONA.

»La Academia aceptó la generosa oferta consignada en la primera carta, y expresó su sentimiento por ignorar el nombre de la persona que de tal modo se asociaba al pensamiento de la Corporacion.

»Tambien se acordó retirar del Certámen la leyenda titulada *Itimad*, toda vez que su mismo autor se declaraba incurso en la penalidad que establece la base sétima del programa publicado.

»Puesta á discucion la parte del Dictámen anteriormente leido que se refiere á la adjudicacion del primer premio, procedióse á leer las Composiciones que á juicio de la Seccion merecen la honra de obtenerlo, y la Academia juzgó iguales en mérito y dignas ámbas de tan señalada distincion á las dos *Odas* dedicadas á cantar á Cervántes. El Sr. Márquez propuso se designase desde luégo cuál habia de ser la premiada con el ejemplar del QUIJOTE ofrecido por la Academia y cuál con el libro regalado por persona desconocida, toda vez que las dos eran consideradas como primer premio: despues de una lijera discusion, en la que tomaron parte los Sres. Bueno, Sota, Asensio y el infrascrito Secretario 1.º, opinándose por unos que decidiera la suerte y por otros que volvieran á leerse las poesías y se votase despues, se optó por este último método, habiendo sido premiado con el ejemplar del QUIJOTE la que lleva por lema:

Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad, como la vista, corta;

y con el ejemplar de ECOS DE LAS MONTAÑAS la que lleva por lema *Hispaniæ decus;* habiéndose abstenido de votar el Sr. Velilla, pidiendo que constase en acta. Abiertos los pliegos que contienen los nombres de los autores, resultó ser autor de la primera la señorita D.ª Mercedes de Velilla y Rodriguez, y de la segunda el Sr. D. Eloy García Valero, Pro.

»Á continuacion leyéronse las *Décimas* que llevan por lema *Voto á Dios que me espanta esta grandeza*, y la Academia confirmó el dictámen de la comision, juzgándolas dignas de *accesit*, manifestándose al mismo tiempo que la Corporacion sentia no tener un tercer premio, toda vez que las

Décimas eran tambien acreedoras á tan señalado honor. La Academia aprobó toda el acta del dictámen en la parte referente al primer tema.

»Dada cuenta de la que hacia relacion al segundo tema, y despues de oidas las leyendas *El Pintor y su modelo* y *Rioja*, puesto que *Itimad* estaba declarado fuera del Certámen por las razones antedichas, la Academia aprobó el dictámen asignando el premio, consistente en una joya de oro, á la primera, y conviniendo en que la segunda no estaba dentro de las condiciones del programa. Sin embargo, la Academia acordó que en vista del relevante mérito de la leyenda, y con objeto de no privar al público de que la conociera, manifestando de antemano que no llenaba las condiciones exigidas, se le dispensaran los honores de la lectura y de la impresion, estimulando así á su autor y premiando las bellezas de fondo y forma en que la misma abunda, sin que esto se entienda forma precedente, puesto que era gracia especial.

»Abiertos los pliegos que contenian los nombres de los autores resultó serlo de la primera el Sr. D. Luis Montoto, y de la segunda el Sr. D. Juan Antonio Cavestany y Gonzalez Nandin.

»Acto seguido quemáronse los demás pliegos cerrados.

»Se acordó pasar oficio á los poetas premiados por si gustaban presentarse á leer sus obras en la sesion pública del dia 23 y se levantó la sesion, de que certifico.»

El Secretario 1.º,
GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE

El Vice-Director,
FERNANDO SANTOS DE CASTRO

Terminada la lectura de las actas, el Sr. Director invitó al Académico Sr. D. Juan José Bueno para que leyera

el discurso que le estaba encomendado. Concluida la lectura entre los aplausos de la concurrencia, la Srta. D.ª Mercedes de Velilla, á invitacion de la Academia, subió al estrado y leyó su *Oda* que fué calorosamente aplaudida, recibiendo de manos del Sr. Presidente de la Diputacion el ejemplar del Quijote, en que consistia el premio. Despues leyeron sus composiciones los demás poetas premiados, recibiendo el Presbítero D. Eloy García Valero su ejemplar de los Ecos de las Montañas de manos del Sr. Alcalde D. José María de Ibarra; y el infrascrito Secretario, en nombre del Sr. Montoto, la *lira de oro* de las del Sr. Director de la Academia, siendo todos aplaudidos con entusiasmo repetidas veces. Se distribuyeron entre los concurrentes, por los Sres. Académicos, ejemplares del discurso y poesías en un cuaderno con el retrato de Cervántes, y se levantó la sesion de que certifico.

El Secretario,
Gonzalo Segovia y Ardizone.

El Director,
Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.



CERVANTES.

DISCURSO

DEL

SR. D. JUAN JOSÉ BUENO

ACADÉMICO PREEMINENTE

Señores:

Empeño dificilísimo es hablar de Miguel de Cervántes Saavedra. Casi todos los críticos y literatos han analizado sus obras, dando á conocer los pormenores más insignificantes de su vida hasta el punto de que á algunos comprende el terrible anatema del *Príncipe de los ingenios:*

Quien imprime necedá-
Dálas á censo perpé-

mas debo mostrarme reconocido á la confianza, nunca dignamente pagada, que la Real Academia Sevillana de Buenas Letras há puesto en mi escasa erudicion y humilde talento, para que en este solemne dia preconice en su nombre las glorias de uno de los más ilustres varones, admiracion del mundo. Á la verdad, Señores, si no fuera ingratitud que, como *hija de la soberbia y uno de los mayores pecados,* es agena de nobles pechos; bien podria quejarme del desacierto de la Academia al elegirme para cumplir tan grave encargo. Arrédrame el considerar que en ocasiones semejantes han pronunciado excelentes discursos esclarecidos

cervantistas, y que entre los demas individuos que la componen se cuentan quienes, con más honra de la Corporacion y más provecho de los oyentes, pudieran ser panegiristas del autor del Quijote. Y no se crea que hablo con simulada modestia, sino expresando sinceramente mi convencimiento sólido y profundísimo. Tampoco es artificio retórico para granjearme la benevolencia de mis ilustres compañeros y del docto auditorio que me escucha. Sé de seguro que he de obtener gracia de los primeros, y que el segundo, cuando el contento inunda su corazon en una de las fiestas más patrióticas y gloriosas, está dispuesto siempre á ser indulgente: porque la alegria es juez benigno, y la severidad no se compadece con el júbilo.

¡Cervántes! Este nombre lo compendia y cifra todo. ¿Qué podré decir á quienes conozcan las obras de su inventiva? Y á los que tengan la desgracia de no haberlas leido ¿cómo podré inculcar la idea de las innumerables y maravillosas bellezas que las enaltecen? Sería empresa no ménos temeraria que la de presentar la grandeza y hermosura del luminar del dia á la imaginacion de quienes han tenido el infortunio de no contemplar la magnificencia del astro, fuente del calor, de la luz, de los colores y de la vida. ¡Cervántes! quien pronuncia este mágico nombre, oido en todos los ámbitos de la tierra, dice el soldado valeroso, el español hidalgo, el infortunio inmerecido, el cautivo que tuvo aliento en el arrojo y bizarría de su ánimo para soñar con la dominacion de sus señores, el cristiano fervoroso, el gran pintor de la Naturaleza, el filósofo profundo, y, sobre todo, el nunca bien ponderado novelista, cuyas fábulas sin par

«.....Los rincones de la tierra,
Llevándolas en grupa Rocinante,
Descubren, y á la envidia mueven guerra.»

Y tambien, Señores, el insigne poeta, el versificador que sus contemporáneos tuvieron como tal en injusto desprecio, no bien estimado de la posteridad, acaso por falta de atencion y estudio, ó por la frecuente flaqueza de repetir lo que otros han dicho, sin tomarse el trabajo de verificar los juicios ajenos, ó de inclinarnos á la peor parte. Hé aquí lo que intento mostrar en este dia: Cervántes fué un excelente poeta en prosa y verso, dando ejemplo de lo último en composiciones de distinto género y en metros varios. Bien sé que en la noble tarea de vindicar el renombre de poeta para el *Regocijo de las Musas* me ha llevado la delantera mi antiguo, incansable y erudito amigo D. Adolfo de Castro, proponiendo la cuestion y resolviéndola victoriosamente á favor del célebre ingenio; pero aunque nada pueda agregar á lo que ha escrito su docta pluma y ha elegido su exquisito gusto, todavía conviene insistir en la idea, para desvanecer hasta el último ápice de duda sobre este punto. Poco gana Cervántes con añadir este título, que él supo conquistarse, á los innumerables que harán eterna su memoria, miéntras haya ojos humanos que lean, corazones sensibles á los encantos de lo bello, gusto que discierna y fantasía que se deleite; pero ¿por qué ha de ser lícito arrancar de la magnífica diadema del inmortal ingenio ni la más menuda de las perlas que la avaloran?

Veámos qué idea tenía Cervántes de la poesía y de los poetas. «La excelencia de la poesía, dice, es tan limpia como el agua clara que á todo lo no limpio aprovecha, es como el sol, que pasa por todas las cosas inmundas, sin que se le pegue nada: es habilidad que tanto vale cuanto se estima: es un rayo que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando: es un instrumento acordado, que dulcemente alegra los sentidos y al paso del deleite lleva consigo la utilidad y el provecho.»

«La poesía es, á mi parecer, como una doncella tierna y

de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar, otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada ni traida por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios: ella es hecha de una alquimia de tal virtud que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo, de inestimable precio: hála de tener, el que la tuviere, á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragedias ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer y estimar los tesoros que en ella se encierran: y no penseis que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo. Y asi el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo.»

«Preguntóle un estudiante á Vidriera si era poeta; porque le parecia que tenía ingenio para todo. A lo cual contestó: hasta ahora no he sido tan necio ni tan venturoso.—No entiendo eso de necio y venturoso, dijo el estudiante, y respondió Vidriera: no he sido tan necio que diese en poeta malo: ni tan venturoso que haya merecido serlo bueno. Preguntóle otro estudiante ¿que en qué estimacion tenía á los poetas? Respondió; que á la ciencia en mucha; pero que á los poetas en ninguna. Replicáronle que ¿porqué decía aquello? Respondió: que del infinito número de poetas que habia eran tan pocos los buenos, que casi no hacian número, y así como si no hubiese poetas los estimaba; pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía; porque encerraba en sí

todas las ciencias, porque de todas se sirve, de todas se adorna y pule y saca á luz sus maravillosas obras con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla.»

Tan elevada idea tenía Cervántes de la poesía, expresándola con discretos y primorosos símiles, y calificando sábiamente de *ciencia* lo que el vulgo juzga pueril pasatiempo y diversion de ociosos. Y en efecto, Señores, la poesía, palabra griega que significa hechura ó criatura, *música del alma,* como graciosamente la llama Millevoye, es una ciencia; por más que para practicarla se necesita el conocimiento de las reglas del arte; porque *es imposible que de los principios de una ciencia*, ha dicho un sabio humanista, *no se deduzcan métodos prácticos y legítimos para hacer bien lo que puede hacerse bien ó mal.* No es la poesía sólo un arte. La poesía es, en general, la facultad de describir lo bello y lo sublime, y restringiendo más su significado, es esta misma facultad de expresar lo bello por medio de la palabra. Para unos consiste en el entusiasmo; para otros en la imitacion de la bella naturaleza. Unos quieren que sea el lenguaje de las pasiones y de la fantasía animadas; Horacio llama poeta

Ingenium cui sit, cui mens divinior, atque os
Magna sonaturum.

Bacon afirma que la poesía es obra de la imaginacion; el Marqués de Santillana dice que es: *un fingimiento de cosas útiles cubiertas ó veladas con muy fermosa cobertura, compuestas é scandidas por cierto cuento, pesso é medida;* fúndala San Agustin en la *unidad, Omnis pulchritudinis forma unitas est;* y un ingenio comtemporáneo aseguraba que poesía es *pensar alto, sentir hondo y hablar claro.*

Para mí la poesía es la expresion de la belleza por

medio de la palabra selecta animada por la imaginacion y el sentimiento. Hombres de gran inteligencia y profundo saber han contendido sobre si el verso es necesario ó nó para la poesía.

El pensamiento es, á mi ver, su esencia. Si no es verdaderamente poético, ni los ornatos del lenguaje, ni las cadencias del metro, ni la armonia de la rima conseguirán el fin que el escritor se propone.

«.....*Neque enim concludere versum*
Dixeris esse satis; neque si quis scribat uti nos
Sermoni propriora, putes hunc esse poëtam»

dijo el legislador del buen gusto: no se conseguirá otra cosa que producir *bagatelas sonoras,* como las llamaba él mismo. Por el contrario; la idea, esencialmente poética de suyo, sin los atavíos de la versificacion, recreará siempre la fantasía, excitando la sensibilidad y produciéndonos ese placer tranquilo é inefable, propio de la contemplacion de la belleza. Despojad á una hermosa del oro, de la seda y de las joyas; desnudadla, si quereis: siempre resplandecerá su hermosura, y acaso más sin el aparato y ostentacion de las galas. No está vinculada la poesía en quienes poseen el arte de manifestar sus ideas, sujetándose á cierto número de sílabas, acentuadas de ésta ó de la otra manera, con idéntica ó semejante desinencia. De ésto no es necesario citar ejemplos; porque desgraciadamente abundan mucho, y todos conocemos á los *poetas hueros,* segun la chistosa frase de Quevedo, ó á los que nuestra lengua, dando al vocablo una terminacion despectiva, llama *poetastros*. Hasta la Academia Española, en su Diccionario, admite como una de las acepciones del vocablo *Poesía*, «Cualquiera obra, ó parte de ella, que abunda en figuras, imágenes y ficciones. En este sentido se aplica tambien á la

prosa escrita en estilo poético, como es el de algunas novelas.» ¿Nos atreverémos á negar el nombre de poetas á los autores de *Los Mártires*, el *Viaje á Oriente* y *El Telémaco*, aunque estas obras estén escritas en prosa? Si para ser poeta basta

Genio, mente divina, voz sublime

¿quién ha poseido estas raras cualidades en más alto grado que nuestro Cervántes?

Su inventiva es prodigiosa; su perspicacísimo entendimiento, *capaz de contemplar la belleza y de hallar las relaciones que la forman*, por todos es admirado; su estilo para expresárla es por extremo gráfico, pintoresco, verdaderamente inimitable. *La poesía no es más que el lenguaje de los afectos y de la imaginacion. Esta y el corazon tienen su particular idioma: el que sabe hablarlo es poeta*, afirmaba mi sabio maestro D. Alberto Lista, honor de la escuela hispalense. *La facultad de pintar con palabras es la que constituye al poeta*. Y ¿cómo no habia de serlo quien atesoraba tan elevadas dotes por su inteligencia y sensibilidad y su prodijiosa fantasía, exaltada por la asídua lectura, sus viajes á Roma y Nápoles, emporio la primera de monumentos artísticos, de grandiosos recuerdos históricos, *Reina de las ciudades y Señora del mundo*, y favorecida la otra con los dones de la naturaleza; por la vista del mar y de los volcanes, las batallas terrestres y navales, el cautiverio, la observacion exquisita de diferentes paises, usos y costumbres, el trato con los sugetos más doctos de su época y la vária fortuna de su vida de estudiante, camarero, soldado y cautivo? El Criador no ha concedido á nadie tan abundantemente los peregrinos colores de su paleta para pintar los caractéres humanos, las escenas de la naturaleza, con cuya descripcion recrea la fantasía y conmueve el alma deliciosamente. Vandick y Veláz-

quez no han retratado los personajes con el pincel, mejor que Cervántes con la pluma. David Teniers no presenta mejor en el lienzo, que Cervántes en el papel, las costumbres domésticas y las fiestas populares; ni hay paisista que lo aventaje en la dulce, tierna y exacta representacion de las perspectivas naturales. Así nos encantan la batalla del vizcaino, los lances de la venta, la aventura de los batanes, la del Caballero de los Espejos, las singulares y por todo extremo soberbias descripciones de la edad de oro y de los ejércitos imaginarios. ¿Quereis un retrato perfecto? Hé aquí el de Monipodio. «Parecia de edad de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos: venía en camisa, y por la abertura de delante descubria un bosque: tanto era el vello que tenia en el pecho; traia cubierta una capa de bayeta casi hasta los piés, en los cuales traia unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo anchos y largos hasta los tobillos, el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí por espalda y pechos á do colgaba una espada ancha y corta á modo de las del perrillo: las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecian; pero los piés eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo.»

Citemos, para formar contraste con el anterior, el retrato de Esperanza en *La tia fingida:* «Moza al parecer de diez y ocho años, de rostro mesurado y grave, más aguileño que redondo, los ojos negros rasgados y al descuido adormecidos, cejas tiradas y bien compuestas, pestañas largas, y encarnada la color del rostro; los cabellos rubios y crespos por artificio, segun se descubrian por las sienes; saya de burriel fino, ropa justa de contray ó frisado; los chapines de terciopelo negro con sus

clavetes ó rapacejos de plata bruñida, guantes olorosos, y no de polvillo, sino de ámbar; el ademan era grave, el mirar honesto, el paso airoso y de garza.»

Véase cómo describe los juegos y diversiones de unos mancebos aldeanos. «En una ancha plaza, que delante del templo se hacía, á la sombra de cuatro antiguos y frondosos álamos, que en ella estaban, se juntó casi la más gente del pueblo, y haciéndose todos un corro, dieron lugar á que los zagales vecinos y forasteros se ejercitasen por honra de la fiesta en algunos ejercicios pastoriles.»

«Luégo en el instante se mostraron en la plaza un buen número de dispuestos y gallardos pastores: los cuales dándoles alegres muestras de su juventud y destreza, dieron principio á mil graciosos juegos, ora tirando la pesada barra, ora mostrando la lijereza de sus sueltos miembros en los desusados saltos; ora descubriendo su crecida fuerza en industriosa maña en las intrincadas luchas; ora enseñando la velocidad de sus piés en largas carreras, procurando cada uno ser tal todo que el primero premio alcanzase de muchos que los mayorales del pueblo tenian puestos para los mejores que en tales ejercicios se aventajasen.»

¡Qué pintura la de la venida del alba y nacimiento del sol hecha en estas incomparables frases! «En esto ya comenzaban á gorgear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecia que daban la norabuena y saludaban la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas parecia asimesmo que ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljófar: los sáuces destilaban manjar sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecianse los prados con su venida.» ¿Quién

echa de ménos la versificacion, en estas deliciosas cláusulas? ¿Quién puede negar á su autor el título de poeta?

Bien quisiera trasladar aquí íntegro el *Diálogo entre Sillenia y Selanio sobre la vida del campo,* en que es elocuentísima y sobre modo admirable la manera de describirla. Ha permanecido inédito este precioso escrito, compuesto probablemente en Sevilla, cuyo original existe en la Biblioteca Colombina, tesoro de monumentos literarios y bibliográficos, hasta que la diligencia del Sr. D. Adolfo de Castro lo dió á la estampa no há mucho con otras obras desconocidas del autor famoso, señalándole una paternidad indudable por la semejanza entre este opúsculo y otras obras cervánticas. No necesita como, á propósito de la *Tia fingida,* decia Gallardo, el *Cervántes fecit;* porque sólo éste puede manejar así el habla de Castilla; y descubren al padre que la engendró los rasgos de su divino ingenio, que en la obra campean. ¡Lástima que me impida repetirlo por completo el temor de alargar demasiado este discurso; porque no me asalta el de cansar á los oyentes con la lectura de los escritos de Cervántes. Algo hay tambien de egoismo en la copia de numerosos pasajes del gran autor; porque así los reflejos, que irradian en vivísima lumbre del oro acendrado de sus locuciones, *desvistarán* á los oyéntes, (permítaseme emplear este verbo, usado por Meléndez Valdes), impidiéndoles percibir el vil metal mio en que van miserablemente engastadas; si ya no es que el puro tinte y labor suavísima de que se compone la púrpura, con que Cervántes teje sus obras, pone más y más de manifiesto lo burdo y descolorido del paño con que las zurce el autor de este fementido discurso. Contentémonos con presentar como muestra algunos trozos:

. . . .

«.....Suelto y desembarazado, con el arco en la mano, la ballesta al hombro y el aljaba y carcax al cuello, y el zur-

ron con la pobre y sabrosa comida al lado, cruza y atraviesa los montes, valles y setos. . . . .

. . . .

tomando sabor y gusto de mirar las silvestres luchas de los toros y de los roncos bramidos que van dando los vencidos, y del manso rumiar de las mansas ovejas, y el descuido con que pacen la verde y menuda hierba, y del recatado sueño de los mastines, que las guardan y defienden de los dañosos lobos. Huélgase de ver los retozos y sueltas y ligeras cabriolas de los cabritillos y las madres encaramadas en las encinas. . . . . , ...

. . . .

satisface á la hambre y necesidad corporal con las silvestres frutas que de ellos coje, sembrando la hierba que tiene por mesa de las bellotas, castañas y nueces que con sus brazos derrueca. . . . .

. . . .

Bebe con apetito y gana el agua limpia, fresca y pura que corre por las pizarrosas gargantas y arenosos arroyos. .

. . . .

Se levanta por las mañanas, gozando del aljofarado rocío que le ofrecen los verdes prados, y en tiempo debido variedad de flores con que recrea los sentidos. . . . .

. . . .

tiene por suave y acordada música el sordo murmurio de las abejas que andan entre las flores, cojiendo de ellas sustancia con que labran la miel en sus colmenas. . . . .

. . . .

Recréale la vista la pintada variedad de pajarillos, y el oido la dulce armonía que con sus arpadas lenguas tienen en los árboles y cerros, donde tienen fabricados sus artificiosos nidos, de donde concertados se van respondiendo y convidando los unos á los otros.» Compárese esta descripcion con

la que en un romance escribió el príncipe de Esquilache sobre el mismo asunto.

¡Bien haya el que, sin el auxilio de metros ni rimas, sabe de tal manera deleitar el espíritu con la fiel y risueña pintura de la naturaleza y afectos humanos, y áun los oidos con el número y armonía de la hermosa lengua española, que liberalmente le brinda gracias desconocidas de otros, y la copia de sus ricos primores, que brotan de su amena pluma en raudal apacible y abundantísimo! ¡Gloriémonos de tener tal lengua, que el César Cárlos V creia propia para hablar con Dios, y de contar entre los ingenios, estrellas de nuestra literatura, á Miguel de Cervántes Saavedra, sol de esta esfera y príncipe de su república!

Pero no se crea que el autor del *Quijote* era, versificando, despreciable poeta. Mirábanlo, es verdad, sus contemporáneos con injusto desden bajo este aspecto. Algunos, entre ellos Villégas, le negaron númen poético, cegados por la ignorancia ó á impulsos de la envidia, que tanto lo persiguió durante su azarosa vida; pero la lectura de sus versos es la mejor contestacion que puede darse á estos aristarcos. Duélenos ver entre ellos á D. Antonio Capmany, que en su *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española* estampa estas frases, hablando de la aficion y gusto de Cervántes á la poesía vulgar: «A cuya profesion le llamaba más su pasion engendrada de la contínua lectura de romanceros y poesías amatorias y del trato con los muchos versificadores que florecian en su tiempo, que del verdadero númen poético, *contra el cual deponen sus mismas obras, inimitables y originales cuando escribe en prosa, y débiles y comunes cuando habla en verso.*» Verémos, sin embargo, si es cierto, lo que, segun Cervántes, dijo un autor de título: *Que de su prosa se podia esperar mucho; pero que del verso nada.*

Tanto habia influido en el ánimo de Cervántes la opinion rutinaria de que era mal versificador, que de sí propio llegó á decir:

«Yo que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia, que no quiso darme el cielo.»

Y en otro lugar:

«Cisne en las canas, y en la voz un ronco
Y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
Desbastar de mi ingenio el duro tronco»

Necesario es, por tanto, defender á Cervántes de su propia acusacion, que no se hermana bien con lo que Mercurio le dice en el mismo *Viaje del Parnaso*, invitándole á entrar en el *monte sagrado:*

«Y sé que aquel ingenio sobrehumano
Que de raro inventor tu pecho encierra
No te le ha dado el padre Apolo en vano.

. . . .

Pasa, raro inventor, pasa adelante
Con tu sotil disinio, y presta ayuda
A Apolo, que *la tuya es importante.*»

Conocida es la aficion del preclaro ingenio á la poesía desde su más florida edad hasta sus últimos años. Asi dice á Apolo entre otras cosas:

«Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poesía,
Y en ella procuré siempre agradarte.»

Mozo era de poco más de cuatro lustros cuando excitado acaso por el Maestro López de Hóyos, que le llamaba su *caro y amado discípulo*, daba bizarra muestra de su habilidad en el arte métrico. Estos primeros ensayos, sin otros, que la posteridad no conoce, manifiestan yá el estro de quien los escribió y pueden compararse con otros, que en sus últimos dias «Casi entre los aprietos de la muerte cantó.... su venerado ingenio» como dice el P. Valdivielso, aprobante de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda.* Puede asi medirse el vuelo de su talento poético, y cuánto alcanzan la madurez de la razon, el ejercicio y el estudio.

A la muerte de la reina Isabel de Valois, de quien dijo nuestro insigne Quintana:

«¡Ay! infeliz de la que nace hermosa!»

escribió unas quintillas, entre las cuales merecen citarse por su sencillez y melancólica ternura las siguientes:

«Una alma tan limpia y bella,
Tan enemiga de engaños,
¿Qué pudo merecer ella,
Para que en tan tiernos años,
Dejase el mundo de vella?
Dirás, muerte, en quien se encierra
La causa de nuestra guerra,
Para nuestro desconsuelo,
Que cosas que son del cielo
No las merece la tierra.»

En la *Elegía* al Cardenal D. Diego de Espinosa se leen estos bellísimos tercetos:

«Mas ¡ay! que yace muerta nuestra lumbre.
El alma goza de perpétua gloria
Y el cuerpo de terrena pesadumbre.

. . . .

Lágrimas pediré al corriente Nilo,
Un nuevo corazon al alto cielo
Y á las más tristes musas triste estilo.

. . . .

Con él vuestra virtud, al mundo rara,
Se tiene de extender de gente en gente,
Sin poderlo estorbar fortuna avara.
Resonará el valor tan excelente
Que os ciñe, cubre, ampara y os rodea
De donde sale el sol hasta Occidente.»

¿Se quiere una letrilla tan ligera, fácil y graciosa como las de Góngora? Héla aquí:

«Madre, la mi madre,
Guardas me poneis;
Que si yo no me guardo,
No me guardaréis.

. . . .

Dicen que está escrito,
Y con gran razon,
Ser la privacion
Causa de apetito:
Crece en infinito
Encerrado amor;
Por eso es mejor
Que no me encerreis;
Que, si yo no me guardo,
No me guardaréis.

Si la voluntad
Por sí no se guarda,
No la harán guardar
Miedo ó calidad.
Romperá en verdad
Por la misma muerte,
Hasta hallar la suerte
Que vos no entendeis;
Que, si yo no me guardo,
No me guardaréis.
Quien tiene costumbre
De ser amorosa
Como mariposa
Se irá tras la lumbre;
Aunque muchedumbre
De guardas la pongan,
Y aunque más propongan
De hacer lo que haceis;
Que, si yo no me guardo,
No me guardaréis;
Es de tal manera
La fuerza amorosa
Que á la más hermosa
La vuelve quimera,
El pecho de cera,
De fuego la gana,
Las manos de lana,
De fieltro los piés;
Que, si yo no me guardo,
No me guardaréis.»

Hermoso es el romance que se lee en la jornada primera de *El gallardo Español:*

«Escuchadme los de Oran,
Caballeros y soldados,
Que firmais con vuestra sangre
Vuestros hechos señalados.
Alimuzel soy, un moro
De aquellos que son llamados
Galanes de Meliona
Tan valientes como hidalgos.

. . . .

No quiero decir que hiendo,
Que destrozo, parto ó rajo;
Que animoso y no arrogante
Es el buen enamorado.
Amo, en fin, y he dicho mucho
En sólo decir que amo,
Para daros á entender
Que puedo estimarme en algo;
Pero, sea yo quien fuere,
Basta que me muestro armado
Ante estos soberbios muros
De tantos buenos guardados.

. . . .

Y así á tí te desafío,
Don Fernando, el fuerte, el bravo,
Tan infamia de los moros,
Cuanto prez de los cristianos.

. . . .

Y para darte ocasion
De que salgas mano á mano
A verte conmigo agora
De estas cosas te hago cargo:
Que peleas desde léjos,
Que el arcabuz es tu amparo,

De lo que mi pecho encierra,
El cual, como en cueva oscura,
No tiene luz ni la espera.
Seco le tienen desdenes,
Bañado en lágrimas tiernas,
Aire, fuego y los suspiros
Le abrasan contino y hielan.
Los lamentables aullidos
Son mis contínuas querellas;
Víboras mis pensamientos,
Que en mis entrañas se ceban.
La piedra escrita amarilla
Es mi sin igual firmeza,
Que mis huesos en la muerte
Mostrarán que son de piedra.
Los celos son los que habitan
En esta morada estrecha,
Que engendraron los descuidos
De mi querida Silena.
En pronunciando este nombre
Cayó como muerto en tierra;
Que de memorias de celos
Aquestos fines se esperan.»

Todos saben de coro el famoso soneto al *Túmulo de Felipe II en Sevilla,* en que tan al vivo y de mano maestra está dibujado el carácter de los andaluces, su fogosa imaginacion, causa principal de que las hipérboles broten de sus labios, y las fanfarrias del perdonavidas. Hay además en él alusiones ocultas, que no es de ahora apuntar, en las cuales no se han fijado muchos.

Demos una muestra en este mismo género de composicion, copiando el soneto *Á un valenton metido á pordiose-*

ro, ménos comun, el cual mucho tiempo ha sido *hijo de la piedra,* nombre con que en lo antiguo se conocia á los expósitos, hoy caritativamente llamados *hijos de la Iglesia,* hasta que el primero, D. Vicente Salvá, dió con el padre por la fisonomía del hijo.

¡Con qué soltura, gracia y naturalidad delinea Cervántes el temeron, las trazas astutas de que se valía para exigir limosna, más bien que para implorarla, y su inesperada é ingeniosa escapatoria, al ver que habia quien se le plántase y burlara su intento!

«Un valenton de espátula y gregüesco,
Que á la muerte mil vidas sacrifica,
Cansado del oficio de la pica,
Mas no del ejercicio picaresco;
Retorciendo el mostacho soldadesco,
Por ver que ya su bolsa le repica,
A un corrillo llegó de gente rica
Y en el nombre de Dios pidió refresco.
—*Den voacedes, por Dios, á mi pobreza,*—
Les dice;—*donde no, por ocho santos
Que haré lo que hacer suelo sin tardanza.*
Mas uno, que á sacar la espada empieza,
—*¿Con quién habla*—le dijo—*el tiracantos?
Si limosna no alcanza,
¿Qué es lo que suele hacer en tal querella?*—
Respondió el bravonel:—*Irme sin ella.*»

Plácenos repetir los versos en que el soldado de Lepanto recuerda *aquella ocasion la más memorable y alta que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros,* en que las armas de los soldados de Cristo vencieron á las otomanas, librando á Europa de la barbarie. Gloriábase con santo or-

gullo Cervántes de haber tomado parte en la batalla, aunque débil y enfermo, conquistando una hoja del laurel de la victoria. Cautivo en Argel, viene á sus mientes la ruda lid en la *Epistola á Mateo Vázquez*, privado de Felipe II, que tanta mano tuvo en el proceso seguido por la muerte de Escovedo, y enemigo de Antonio Pérez, quien le llamaba *valedor de sus deudos y el templo donde se hacian las juntas contra él.* Este precioso documento se ha encontrado no há mucho en el Archivo del Excmo. Sr. Conde de Altamira.

. . . .

«En el dichoso dia que siniestro
Tanto fué el hado á la enemiga armada,
Cuanto á la nuestra favorable y diestro,
De temor y de esfuerzo acompañada
Presente estuvo mi persona al hecho
Más de esperanza que de hierro armada.
Ví el formado escuadron roto y deshecho,
Y de bárbara gente y de cristiana
Rojo en mil partes de Neptuno el lecho;
La muerte airada, con su furia insana,
Aquí y allí con priesa discurriendo
Mostrándose á quien tarda, á quien temprana.
El són confuso, el espantable estruendo,
Los gestos de los tristes miserables,
Que entre el fuego y el agua iban muriendo,
Los profundos sospiros lamentables
Que los heridos pechos despedian,
Maldiciendo sus hados detestables.
Helóseles la sangre que tenían
Cuando en el són de la trompeta nuestra
Su daño y nuestra gloria conoscian.
Con alta voz de vencedora muestra,

Rompiendo el aire claro, el són mostraba
Ser vencedora la cristiana diestra.
A esta dulce sazon yo, triste, estaba
Con la una mano de la espada asida
Y sangre de la otra derramaba.
El pecho mio de profunda herida
Sentí llagado, y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida.»

Véase un trozo lleno de lumbre poética y de esas galas con que los floridos ingenios hermosean sus obras: Cervántes nos lo ofrece en esta bellísima pintura del alba:

. . . .

«Y en esto descubrióse la mañana
Vertiendo perlas y esparciendo flores,
Lozana en vista, y en virtud lozana.
Los dulces pequeñuelos ruiseñores
Con cantos no aprendidos le decian,
Enamorados de ella, mil amores.
Los silgueros el canto repetian,
Y las diestras calandrias entonaban
La música que todas componían.»

Finalmente, y para no multiplicar las citas, concluirémos copiando algunas de las preciosas octavas con que los esclavos piden la intercesion de la Madre de Dios para que rompa sus cadenas, en el fin de la comedia *El trato de Argel;* y otras en que Feliciana canta á la Santísima Imágen de la Vírgen de Guadalupe en *Persiles y Sigismunda*, llenas de devocion y ternura, é inspiradas por la ardiente fé católica, que encendia el pecho de Cervántes, y así tendrémos muestras de las primicias de su númen poético y de los últimos acordes de su lira:

«Vuelve, Vírgen Santísima María,
Tus ojos que dan luz y gloria al cielo,
A los tristes que lloran noche y dia
Y riegan con sus lágrimas el suelo;
Socórrenos, bendita Vírgen pia,
Ántes que este mortal corpóreo velo
Quede sin alma en esta tierra dura
Y carezca de usada sepultura.
En Vos, Vírgen dulcísima María,
Entre Dios y los hombres medianera,
De nuestro mar incierto cierta guia,
Vírgen entre las vírgenes primera;
En Vos, Vírgen y Madre, en Vos confia
Mi alma, que sin Vos en nadie espera,
Que me habeis de sacar con vuestras manos
De dura servidumbre de paganos.»

Al leer estos suavísimos versos nos representamos la mortal angustia que padeció Cervántes en el cautiverio, y las plegarias que de lo más íntimo de su alma elevaría á la que es *vida y dulzura y esperanza nuestra*.

Las otras citadas son estas:

«Adornan este alcázar soberano
Profundos pozos, perenales fuentes,
Huertos cerrados cuyo fruto sano
Es bendicion y gloria de las gentes;
Están á la siniestra y diestra mano
Cipreses altos, palmas eminentes,
Altos cedros, clarísimos espejos,
Que dan lumbre de gracia cerca y léjos.
El cinamomo, el plátano y la rosa
De Hiericó se halla en sus jardines
Con aquella color, y aún más hermosa

De los más abrasados querubines;
Del pecado la sombra tenebrosa
Ni llega ni se acerca á sus confines:
Todo es luz, todo es gloria, todo es cielo,
Este edificio, que hoy se muestra al suelo.

. . . .

Niña de Dios por nuestro bien nacida,
Tierna, pero tan fuerte, que la frente,
En soberbia maldad endurecida,
Quebrado habeis de la infernal serpiente,
Brinco de Dios, de nuestra muerte vida,
Pues Vos fuisteis el medio conveniente
Que redujo á pacífica concordia
De Dios y el hombre la mortal discordia.

. . . .

Sois la paloma, que ab eterno fuistes
Llamada desde el cielo, sois la esposa
Que al Sacro Verbo limpia carne distes
Por quien de Adan la culpa fué dichosa,
Sois el brazo de Dios que detuvistes
De Abraham la cuchilla rigurosa,
Y para el sacrificio verdadero
Nos distes el mansísimo cordero.»

No puede negarse, en suma, á Cervántes un elevado lugar en nuestro parnaso: fué poeta y versificador excelente. Entrelacemos, pues, sin escrúpulo con sus laureles bélicos los más apacibles, lozanos y duraderos que decoran las frentes de los Leones, Garcilasos, Herreras y Riojas.

Cervántes, apesar de que en el *poeta pobre la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento,* supo enaltecer la lira española, siendo digno émulo de aquellos vates eminentísimos.

Y tú, genio inmortal, tan desdichado en vida, como venturoso despues de tu muerte, acoge benigno el homenaje de respeto y admiracion, que rinde á tu memoria esta Real Academia. Sevilla tiene especiales motivos para celebrarte. Te encerraron los muros de su cárcel, cuyas costumbres conocemos por uno de tus entremeses. Acaso en ella escribiste el imperecedero libro, que hizo exclamar á Saint Evremond «admírome cómo en boca del hombre más loco de la tierra halló Cervántes medio de mostrarse el más cuerdo y entendido y el mejor conocedor del mundo que puede imaginarse;» aquí permaneciste largo tiempo entre nobles deudos y amigos: en Sevilla pusiste la accion de algunas de tus *Novelas ejemplares*, complaciéndote en describir sus costumbres y en recordar sus más principales sitios: Sevilla ha disputado en larga y generosa contienda con otros pueblos la honra de ser tu cuna, y de Sevilla dijiste que era:

«Roma triunfante en ánimo y nobleza.»

Esta Academia sabe que, segun la frase que Cavanilles puso en tus labios: «en el lugar donde resides huele mejor el aroma del incienso que el humo de las alabanzas,» y por eso ha dispuesto, que antes de tributarte esta solemne muestra de su cariño, se eleve en los altares la hostia consagrada para sufragio de tu alma. Por lo que á mí toca, Príncipe de los novelistas españoles, sólo puedo repetir la frase del doctor González en la dedicatoria que te dirigió del sermon predicado en tus honras, «perdona si, hablando de tí, no he hablado como tú;» rogándote al par que si oyes mi voz en la morada, donde habrán ganado tus virtudes coronas inmarcesibles, pidas al Todopoderoso que conceda siempre á España triunfos como el de Lepanto, escritores como tú y libros como el Quijote.

He dicho.



COMPOSICIONES POÉTICAS

PRIMER TEMA

UNA COMPOSICION LÍRICA

EN LOOR

DE MIGUEL DE CERVÁNTES

A Miguel de Cervántes Saavedra

Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad, como la vista, corta.
CERVÁNTES.

ODA

A tí, Cervantes, venerada sombra,
Hoy la expresion de mi entusiasmo envio,
Y si mi lábio con temor te nombra,
Audaz te admira el pensamiento mio..
Mi corazon, que tiene
Un altar á tu nombre levantado,
Cumple un deber sagrado
Cuando á rendirte su homenaje viene.
Tu alta virtud, el génio que te encumbra
Mi voz á cantar llega,
Y su escaso valer me apesadumbra;
Que es tu virtud la claridad que alumbra,
Tu génio inmenso el resplandor que ciega.

No eras del mundo tú; fuego divino
Ardió en tu corazon, llenó tu mente;

Mas tu contrario y mísero destino
Con rudas pruebas abrumó tu frente.
Tú fuiste el que, muriendo,
Sin pena abandonaste la existencia,
Y de tus grandes obras el tesoro
Legaste á España como rica herencia:
Tú el que lanzaste el postrimer aliento
Sin una luz que viese tu agonia;
¡No te pudo alumbrar tu pensamiento,
Que tambien para siempre se extinguia!
Tu noble sangre, que corrió en Lepanto,
Y ofreciste á tu Pátria, en fiel tributo,
No pudo hacer brotar, cual riego santo,
De tu esperanza el escondido fruto.
Víctima siempre de la horrible saña
De negra envidia, de pasiones viles,
Quizá, al morir, tus apagados ojos
Despidieron, volviéndose á tu España,
Fugitivo relámpago de enojos.
Moriste, y en tus manos
No puso conmovida
La palma de los génios soberanos,
Por tu claro talento merecida;
Que, esclavos ciegos de mortal delirio,
Te premiaron tu madre y tus hermanos
Con la palma sangrienta del martirio.
Su indiferencia convirtió en ruinas
Tu inmensa aspiracion, tu fé, tu calma,
Y tu corona fúnebre de espinas,
Más que tu frente, desgarró tu alma.

Cumplida tu mision sobre la tierra,
Te siguió áun más allá tu desventura:

Si pobre fuiste en tu existencia oscura,
Pobre es tambien la tumba que te encierra.
Sí, que tu suerte odiosa
Arrancó de ella, con rigor esquivo,
La humilde cruz y la marmórea losa,
Última ofrenda que, al cerrar la fosa,
Tributa al muerto la piedad del vivo.
Mas... ¿qué importa un sepulcro? ¿Puede, acaso,
Tu gloria oscurecer la tumba avara
Que el límite fatal marcó á tu paso?
¿Qué importan, yá, riquezas de este suelo
A la estrecha mansion que á nuestros ojos
Sólo oculta los míseros despojos
Que deja el alma, al remontarse al cielo?
No importa, nó, que imperdonable olvido
No eternizára en mármol funerario
Tu nombre esclarecido,
Que si fueron tus obras tu sudario,
Tu lápida mejor tambien han sido.

Fué huracan el dolor, que, con fiereza,
Agitó de tu mente el Oceáno;
Mas no pudo rendir tu fortaleza
De tu destino la implacable mano.
Al luchar con tu eterna desventura,
Tu misma pena á risa te provoca,
Y hay en tu corazon más amargura
Cuando brotan más risas en tu boca.
Siempre tuviste risas ¡ay! que fueron
De tu pesar el único testigo;
Siempre la soledad por compañera,
Y siempre el infortunio por amigo.
Prisionero en Argel, tu alma oprimida

Al grave peso de infinitas penas,
Lloró infeliz la libertad perdida
Al duro rechinar de las cadenas.
Mas, luego, libertado
De tu desdicha suma,
Se convirtió tu espada de soldado
En la espada del génio, que es la pluma;
Y un libro al mundo diste
De propios y de estraños ensalzado,
Perpétua admiracion de las edades,
Y ese libro escribiste
De otra prision en el recinto triste,
Del alma en las amargas soledades.
Si te miró cautivo el africano,
Con tu libro inmortal, en recompensa,
Tú cautivaste el pensamiento humano.

¡Libro feliz! Tu inspiracion creadora
En él dejó su luminosa estela,
Retrato fiel del alma soñadora
Que eternamente lo imposible anhela;
Que, ansiando un ideal, ciega se lanza
De su destello en pos, hasta que un dia
La arroja al fin la realidad impía
Del alto pedestal de su esperanza.
Con rasgos inmortales
Supo trazar tu inspiracion divina,
Esa lucha del alma y la materia
Que en el humano sér jamás termina.
El alma, á la materia encadenada,
Quiere á otro espacio remontar el vuelo,
Que si el mundo es del cuerpo la morada,
Busca el alma la suya, que es el cielo:

Y, arrebatada por febril locura,
Del todo, á veces, su destierro olvida,
Encontrando, al caer desde su altura,
Pobre la tierra y sin placer la vida.
Bien supo comprender tu entendimiento,
Mostrando su grandeza,
Que en esa lid, que con la vida empieza,
Hay que hermanar del alma el sentimiento
Con la humana y mortal naturaleza.

¡Ah! no se extingue la fecunda llama
Que iluminó tu osada fantasía,
Resplandece en tu libro todavía,
Y él en nosotros su fulgor derrama.
Al recorrer sus páginas, yo creo
Que en ellas algo de tu sér palpita,
Y dudando, tal vez, tu sombra veo
Que de mi frente en derredor se agita.
Acaso, enardecido,
Por celestial misterio,
Mi espíritu en tu espíritu se anime,
Y cruce el más allá desconocido
Que del vil cautiverio
De la humana existencia nos redime.

¡Miguel! tu Pátria, al ensalzar tu nombre,
Llora su ingratitud, que tuvo en poco
Al que supo, en un sándio y en un loco,
El retrato moral darnos del hombre.
No es la España de ahora
La que á tu voz indiferente y muda
Clavó en tu corazon dárdos crueles,
Nó, que esta España tu recuerdo adora

Y cubre tus estátuas de laureles:
Porque ésta edad, que al siglo venidero
Trasmitirá la luz con que destella,
De comprenderte y de admirarte ufana,
Tu gloria canta y se confunde en ella.

Tal vez mientras honramos tu memoria,
Y aquí en la tierra admiracion recibes
Del Arte, de la Ciencia y de la Historia,
Con esa pluma que firmó tu gloria
Tus nuevos triunfos en el cielo escribes.

Mercedes de Velilla y Rodriguez.

Á CERVÁNTES

Hispaniæ decus.

ODA

No crecen los laureles de la gloria
Sólo de sangre al mísero rocío,
Ni es sólo perdurable la memoria
Del héroe vencedor; el que lo bello
Realizando en sus obras, nos inspira
La adoracion del bien, á cuyo culto
Cuanto es bello y artístico conspira;
Los que al mover, en entusiasmo santo,
Toda fibra del pecho generosa
Al oprimido espíritu depuran
De tanta liviandad y de error tanto;
Son en justa leal merecedores
De gratitud perenne y cariñosa,
A par de los mejores:
Y más aún, si el ensalzado génio,
La pátria honrando, en que su vida empieza,
Levantó con las obras de su ingenio
Más alta que los héroes su grandeza.

Gran Cervantes, por tí la que á su frente
De dos mundos ciñera la corona,
Recinto estrecho á su ambicion potente
Hallando un hemisferio;
Nuevos orbes magnífica eslabona
Que creara tu inmensa fantasía,
Y por tu ingénio engrandecida España,
Pudo esclamar con orgulloso acento:
En la tierra, en el arte, en el talento,
Perenne Sol á mis dominios baña.

Elegida de Dios, la Iberia un dia
De Europa y de natura vencedora,
Emuló, en el de Yuste, la grandeza
De Roma armipotente y triunfadora,
Cuando Colom, en su genial porfia,
Robaba de los mares al misterio
Un vírgen hemisferio
Que el renombre español sublimaria.
Tu pluma entónces mágica y creadora,
Cual la lira de Anphion fecunda á Tebas,
A la España del mundo vencedora
Alzaba un trono, dó esclusivo cetro
Empuña del ingenio y donosura.
Por tí, la gente del saber avara
Culto inmortal solícita procura
Para la lengua en que *el Hidalgo* hablara;
Y si el nombre español cayera un dia
En el injusto olvido de la historia,
Aún más, que de sus héroes la memoria,
La tuya, ¡Ó gran Cervantes! lo alzaria.

. . . .

El noble, sentimiento generoso
Que exaltaba al andante caballero;
La rústica lealtad del escudero
Locuaz y sentencioso:
En tan sencillo, natural contraste,
Formó el génio profundo
Del gran Cervántes la mejor leyenda,
El libro sin segundo,
Donde hallaron los sabios pensadores
De escuelas y sistemas que siguieron,
El símbolo y sancion, la más gloriosa,
De su encontrada, múltiple creencia,
Y en su humilde respeto ver creyeron,
Del hidalgo en la historia portentosa,
Síntesis bella de la humana ciencia.
¡Qué lauros, pues, sus lauros igualaron!
Con ser tan grandes los heróicos hechos,
Con que la fama universal pregona
El valor indomable de sus pechos,
Los hijos de la ibérica matrona
Con su inmortal Cervántes conquistaron
De todas sus grandezas la corona:
Que esa obra colosal de su talento,
En su sentido universal, profundo,
Respondió, en la region del pensamiento,
Al dominio de España sobre el mundo.

Pero la pátria, á quien Cervántes daba
Eterno lauro y sangre generosa,
En la rota del Turco desastrosa,
Al genio á la miseria condenaba
Ciñendo ingrata á sus augustas sienes
La más alta y espléndida diadema:

La del dolor, que al génio transfigura,
Y que crisol divino le depura
Y holocausto de amor la escoria quema.
¡Corona del dolor! ¡Lauro de espinas!
Por derecho divino la dá el cielo
Al génio infortunado, en este suelo,
Y al mártir por el bien: sienes divinas
Aprisionó una vez, y desde entonces,
Rayos de luz de la celeste cumbre
Irradian de la frente que ella viste,
Y del dolor la inmensa pesadumbre,
Se hace estola inmortal que le reviste.

Siglos mejores, tu memoria honrando,
Y honrando, al par, la nacional grandeza
Que nadie alzó cual tú, llegaron luégo;
Y hoy, en lides honrosas emulando,
Cada ciudad redime la tibieza
De la pasada edad, y al pátrio fuego
De su entusiasta amor, dá á tu memoria
Culto, que con los años se acrecienta;
Que es, Cervántes, tu gloria
La que las pátrias glorias alimenta.
Y yo, elevando á tí mi humilde canto,
Honro mi nombre al encomiar el tuyo,
Y en mi fausta, legítima alegría,
Exclamo con orgullo:
La pátria de Cervántes, es la mia.

ELOY GARCÍA VALERO.

La tumba de Cervántes

Al Príncipe de los Ingenios

(¡Voto á Dios, que me espanta esta grandeza!)

No es el himno de victoria
En que el entusiasmo estalla
Cuando añade una batalla
Un timbre á la pátria historia.
Nó; la epopeya de gloria
Que en dulcísimo concento
Hoy llena y abruma el viento,
Modula, más bien que sones
De placenteras canciones,
Los gemidos de un lamento.

Con voz que su afan abona,
Hondamente dolorida
Y la noble sien ceñida
Con espléndida corona,
Lamenta augusta matrona
Del hado impío la saña;
El llanto su rostro baña;
Rasga el pecho su querella...
¿Quién al mirarla tan bella,
No conoce que es España?

¡España! el pueblo valiente
De Pelayos y de Cides,
Que en las fragorosas lides
Siempre se ostentó potente!
¡Es España, cuya frente
Sol de eterna gloria es,
Y que, del tiempo á través,
Harta de ver su grandeza
Coronando su cabeza,
Vá buscándola á sus piés!

Es España, sí, que ansiosa,
Con mil afanes prolijos,
Del más sabio de sus hijos
Busca la huesa preciosa.
Es España, que, amorosa,
Hallar sus restos procura,
Y que llora, en su amargura,
Porque no puede elevar
De adoracion un altar
En tan noble sepultura.

«¿Dónde te ocultas, coloso?—
Con sentido acento exclama:—
«¿Cómo el eco de tu fama
»No vá á turbar tu reposo?
»Mira mi llanto angustioso;
»¡Hijo ilustre! ¿dónde estás?
»¡Ay! para siempre quizás
»Tumba ignorada te encierra,
»¡Que, avara de tí, la tierra
»Cada vez te esconde más!

»Lágrimas de amor llorando
»Repite mi desvarío:
»¿Dónde se oculta, hijo mio,
»Tu sepulcro venerando?
»En vano lo voy buscando
»Por la extension de mi suelo,
»Que, aunque mi lloro de duelo
»Cegar no hiciera á mis ojos,
»¡Ay! me olvido en mis enojos
»Que son los astros del cielo!»

¡Oh, pátria mia, no llores!
Si no puedes afanosa
Derramar sobre su losa,
Por signos de amor, tus flores,
Otras ofrendas mejores
Alcanzó el génio fecundo,
De Cervántes, que, profundo,
Doquier su nombre retumba;
¡Es más grande que una tumba,
Y tiene por tumba el mundo!

¿Eres madre de Cervántes
Y desgraciada te nombras...?
Y ¿vivir pueden las sombras
Entre luces deslumbrantes?
¡Oh, nó! Razon es que cantes,
Que resuenen, pátria mia,
Con magnífica armonía,
En la bóveda serena,
Nó suspiros de tu pena:
Cánticos de tu alegría.

¡Canta; tu dicha es notoria!
¡Canta, pueblo, entusiasmado!
¡Entona el himno sagrado
De su gloria, que es tu gloria!
Su lápida mortuoria
Quiso el destino con saña
Oscurecer, mas se engaña;
¡Suenen alegres cantares;
Que tiene tantos altares
Como hay pechos en España!

Lleve el viento más rumores
Por llanos, selvas y lomas
Y más preciados aromas
Exhalen las bellas flores;
Los pajarillos cantores
Suelten sus lenguas amantes;
Brillen los astros radiantes
Con luz de intensa alegría....
¡Todo celebre este dia,
Que es el dia de CERVÁNTES!

Rodriguez Marin.

SEGUNDO TEMA

UN ASUNTO TOMADO DE LA HISTORIA

Ó DE LAS

TRADICIONES DE SEVILLA

EL PINTOR Y SU MODELO

«Tradicion antígua habia en esta Ciudad (Sevilla) de que en los primeros años del siglo XVII tenía Cervántes por costumbre pasear por bajo de los portales de la Plaza de San Francisco, en actitud meditabunda, y que de tiempo en tiempo se detenía dando grandes risotadas.....»
ASENSIO Y TOLEDO.—*Ateneo.*

«Cervántes retrató fielmente las costumbres populares de su época y especialmente en las *Novelas ejemplares.*» .

(Año 1600)

I

La plaza de San Francisco
Es de Sevilla la plaza
Donde más gente pulula
En clase y aspecto vária.
Allí el infatuado hidalgo,
De nobilísima casa,
Con el rufian pendenciero
Graciosamente contrasta;
Allí el lego timorato
Y la dueña mojigata
Codéanse con las mozas
Que diz *de la casa llana;*
Allí el soldado que jura,
Allí el sopista que canta,
Muchachos de la esportilla,
Avispones y jitanas (1);

Allí la *madre* que reza
Devotamente, y se afana
En dar tientos á un bolsillo
Para hacer de él cala y cata,
En confusion portentosa
Las tardes de invierno pasan.

Debajo de los portales,
En torno á un ciego, que rasca
De una vihuela las cuerdas,
Por cierto mal acordadas,
Júntanse todas las tardes
Dos mozas de rompe y raja,
Una *madre*, cuyos hijos
No reniegan de su casta;
Un soldado, que en su vida
Vió tinta en sangre la espada;
Un sopista, que á la sopa
Se dá más que á la gramática,
Y muchachos, que han sentido
Caricias en las espaldas.
En ocuparse del prógimo
Horas enteras malgastan,
Y no hay honra que no zurzan,
Ni cosa que se les vaya
De entre manos, ó entre lenguas,
Sin sacarle la sustancia.
Algo grave les preocupa;
De algo muy curioso tratan
Esta tarde, porque todos
Echan sus cuartos á espadas.
—Aseguro que lo he visto
Andar con gente *non sancta*

En los Humeros, la Féria,
Baratillo y Resolana.
—Y vos, *madre Gananciosa*,
¿Nada sabeis?
—Que me engaña
El corazon, ó en galeras
Perdió lo que más le falta.
Me dijo ayer la sobrina
Del bachiller Urdemalas,
Que alguaciles y escribanos
Entienden de sus hazañas.
—¿Escribanos dijo? ¡Calle,
Por San Francisco, la hermana;
Que de mi padre y maestro
Nos hallamos en la plaza,
Y es cada hueco una cueva,
De escribanillos preñada!
¡Calle, por Dios, si no quiere
Caer en la tela de araña
Que escribas y fariseos
Tejen á toda cristiana.
—Yo—el buen sopista murmura—
Sé lo que á los ojos salta:
Viene solo, aunque colijo
Que del hambre se acompaña,
Pues bien dice su ropilla
Que no cuenta muchas blancas.
Acelera el paso, á veces,
De pronto, á veces, se pára:
Yá parece que á sus ojos
Se asoma indiscreta lágrima,
O yá, sin temor, se rie
Más contento que unas Pascuas.

Paróse un dia, de pronto,
Delante de la Pelada,
La moza de más empuje
Que en la Mancebía trata....
—Sí, la moza de más rejo....
—¡Y la moza más pesada!
—Digo que, al verla, de pronto
Se paró, terció la capa,
La miró de arriba abajo
Y repitió estas palabras:
Maritornes, Maritornes;
¡Es la misma en cuerpo y alma!
—Mari.... ¿qué dijisteis?
—Dije
Maritornes, cosa es llana.
—¿Lo entendeis vos, maese Perez?
—No lo reza la gramática:
Si en vez de ser Maritornes
Fuese....
—¿Qué?
—Maricastañas....
—Y unas veces habla solo.
—Y otras rie á carcajadas.
—Por saber quién es daria
Mi tricornio y mi sotana.
—¡Calle usarced!
—¿Qué sucede?
—Del ruin de Roma se hablaba,
Y en nombrando al ruin de Roma....
—Vedle: es él.
—¡Es él!
—¡Qué facha!

Hácia el grupo de curiosos
Un desconocido avanza:
Á juzgar por su semblante,
Yá de los cuarenta pasa.
Tiene el cabello castaño,
Frente desembarazada,
Que, más que arrugas, anublan
Las nubes de la desgracia;
Ojos vivos, nariz corva,
Aunque bien proporcionada;
Boca pequeña, bigotes
Grandes, y en sus cortas barbas
Yá se ostentan prematuros
Hilos de luciente plata:
El cuerpo entre dos extremos;
La color viva, ántes blanca
Que morena; tardo el paso,
Y algo cargado de espaldas (2).
Extraño á los que lo miran,
Á su lado triste pasa.
Requiere el soldado, al verlo,
Bigotes al par que espada;
La Madre, un *laus tibi Christi*
Entre dos toses dispara;
Tócanse las dos mozuelas
Con los codos; la guitarra
Del ciego lanza un gemido
Porque su dueño la araña,
Y todos abren la boca,
Y todos el cuello alargan.
—¡Ahí vá!—murmura el sopista.
—¡No veis qué triste es su cara!
—¡Despacio camina el hombre!

—¡Y no hablará si lo matan!
—¡Oiga usarcé!
—El del sombrero
Alicorto!
—¡El de la capa,
Que, á juzgar por los girones,
Es la más noble de España!
—¿Tiene á ménos usiría
Hablarnos?
—En la farándula
Diz que falta el bobo; corra,
Que en llegando no hará falta.
Sin escucharlos, el hombre
En su camino adelanta;
Llega á calle de la Sierpe
Y lo que anduvo desanda.
—Ved: yá vuelve—dice el lego.—
¿Quién de vosotros le pára?
—Usarced, señor soldado,
Diríjale la palabra.
—Mas ¿qué es eso?
—¿Qué sucede?
—¡Está en tierra!
—¡Dios le valga!

Sopista, lego y buscona
Y demás gente *non sancta*
Corren desde los portales
Á los medios de la plaza.
Tendido en el duro suelo
El desconocido se halla.
El sudor baña su frente,
Sudor de mortales ánsias.

—Levante el hombre—le dice
El soldado.
—¡Suerte infausta!—
Murmura el caido.
—Al diablo
Las piernas que tan mal andan!
—¡Mucho empinásteis el codo!
—Tenga caridad, hermana.
—Poco pesa....
—¿Tropezásteis,
Buen hombre?
—¡Cosa es extraña!
Sentí mortales congojas,
Turbóse mi vista clara,
Me flaquearon las piernas
Y en tierra dí con la carga.
¡Gracias! (Ya sé que al caido
Quien lo levante no falta.)
Amigos, al portal vamos,
Que he menester banco y agua.
—¿Sois de Sevilla?
—¿Vivís
Muy léjos?
—Persona llana
Seréis....
—¿Vuestra hacienda es corta?
—¿Habeis estado en las aulas?
—¿Las justicias os persiguen?
—Quién sois, decidnos en plata,
Que curiosidad nos mueve
Á saber vuestras hazañas.
—He de sentarme primero,
Y luégo respuesta franca

Daré á todos.
—Pues al punto,
Que aún el sol nos acompaña.

Sentóse en humilde banco
El de la raida capa,
Y á su alrededor sentáronse
Soldado, lego, gitana,
Y cuantos desocupados
Y curiosos lo miraban,
Si con mofa en otras tardes,
Aquella tarde con lástima;
Y entre mohino y risueño,
Así comenzó su plática:

II

En verdad, en verdad, me maravilla
Verme de tanta gente rodeado,
Y en plática sencilla
Os contaré la história de un soldado,
Que hoy es un don cualquiera aquí, en Sevilla.
—¿Soldado fué usarced? ¡Dios sea loado!
Apretad esta mano, á la que abona
El manejo tambien de la tizona.
—Siéntese su merced, y el cuento siga.
—Pues sigo con mi cuento:
Yá que la suerte, para mí enemiga,
De su rigor no me privó un momento,
De todo bien negándome la glória,
No hay mentir en que diga
Mi cuento; porque es cuento más que história.

Nací.... ¿qué nos importa dónde y cuándo?
Hijo de España soy, esto es bastante;
Quiero á la tierra que me vé llorando,
No cual á mi madrastra,
Como á mi madre amante.
Humilde fué mi cuna;
Mis padres, al morir, por toda herencia
Un nombre me legaron sin mancilla....
¡Y qué mayor fortuna
Que la tranquilidad de la conciencia
En la que honor inmaculado brilla!
—¿Hidalgo sois?
—Hidalgo,
Y llevo con alteza mi hidalguía;
Porque si yo soy algo,
Todo lo que yo soy es obra mia!
—¡Habla usarced en plata!
—Soy un pobre:
Dijérades mejor que os hablo en cobre.
De la suerte en los brazos
Me abandoné con ilusion completa,
Mas tiene para mí tan fuertes lazos
Que yá casi me ahoga ¡tanto aprieta!
Díme en la juventud al ejercicio
De las armas, oficio
En que alcanzan los ménos los honores....
—Bien dice vuesarced: yo soy soldado,
Y hambre no más y penas he alcanzado;
¡Y eso que soy de los soldados buenos!
¿Y qué sacásteis vos?
—Un brazo ménos.
—¡Yo tánto no he sacado!
—Y aunque el brazo, en verdad, me hace gran falta,

Lo doy por bien perdido ¡vive Cristo!
Fué en la ocasion más alta
Que los siglos han visto:
En Lepanto me hallé y en las Terceras,
Mi sangre ha salpicado
De España las banderas....
¡Toda por ellas, sí, la hubiera dado.
Prisionero, en Argel, viví del moro,
Y libertad me dieron
Los Trinitarios, Padres redentores;
Á mi adorada pátria me volvieron.
¡Ah, vale más que el oro
La libertad con todos sus favores!
—Dice bien usiría;
Que yo, sin libertad, me moriría.
—¡Miren la descarada,
Que quiere libertad y está casada!
—¡Y vaya si la quiero!
—¡No interrumpa usarced al caballero!
—Siga el hidalgo, siga,
Y de su história los sucesos diga.
—Llegué á Madrid en trage de romero (3),
Sin favor, sin amigos,
Y lo que no es muy grato, sin dinero.
Los cielos son testigos
De esta verdad: algunas
Noches busqué en el sueño el alimento.
—¡Sin cenar os quedásteis!
—Lo que siento
Es que me quedo, á veces, en ayunas.
—¿No hallásteis quien os diera
Oficio ó beneficio,
Cuando en Madrid alcánzalo cualquiera?

—Medra en la córte aquel que al ejercicio
De mentir ó adular, torpe se lanza,
Nó quien tiene sus altos pensamientos
De toda adulacion libres y exentos (4).
—¿Y á qué se dió usiría?
—A la aficion que tuve en otro dia:
Dime á escribir.
—¡Hermano,
Con sus huesos fué á dar en escribano!
—¡Algo más me valiera
Si en escribano diera!
Dime á escribir historias y romances:
A verter al papel curiosos lances,
A dar al mundo, en libros sin renombre,
Del poeta el humilde pensamiento,
La amargura, el dolor, el sentimiento
Del corazon del hombre!
—¿Poeta es usarced?
—Lo soy un poco.
—(¡Bien lo decia yo, que este era un loco!)
—Siempre tuve á la dulce poësía
Profunda adoracion; desde los cielos
A las almas envía
Inefables delicias y consuelos.
—Perdone la simpleza,
¿Jamás, al fuerte yugo
Del amor, ha doblado la cabeza?
¿Siempre libre se vió de ese verdugo?
—Fuera, á no haber amado,
Mucho más desgraciado;
Que si hay dicha en la tierra
En ser amado y en amar se encierra.
—¿Cansóse yá el destino

De haceros mal? ¿Segura
Ocupacion teneis?
—Es el camino
Que llevo, á la ventura,
Y fin yo le pusiera
En donde hallara, el alma agradecida,
Quien lo preciso, nada más, me diera
Para pasar la miserable vida (5).
—¿Y no encontrásteis modo
De pedir algo al que lo puede todo?
—Del Rey he pretendido
Lo que cualquiera en la ciudad alcanza:
Ir á las Indias; pero no han querido
Satisfacer en esto mi esperanza:
Busque en qué, me dijeron,
Se le haga merced. ¡Bien me la hicieron! (6).
Vivo, solo conmigo,
De todos olvidado,
Y aunque á todos se estiende mi cuidado,
No tengo ni un amigo.
—¡Ni un amigo!
¿Y yó, Miguel?
—¡Pacheco!
—Sí; Pacheco,
Que con pena, Miguel, os ha escuchado.
De vuestra voz el eco
Me detuvo al pasar; ¿cómo olvidásteis
Que hermano, más que amigo, en mí encontrásteis?
¿Soy vuestro amigo yó?
—Dadme los brazos;
Perdonad si olvidé que tengo en ellos
De la amistad los verdaderos lazos.

Revuélvense los que en torno
Del hidalgo se encontraban,
Y en el nuevo personaje,
Curiosos, la vista clavan.
Es Don Francisco Pacheco,
De la escuela sevillana
Pintor, é ilustre Mecenas
De las Letras castellanas,
Préz y glória de Sevilla,
Á quien el hidalgo abraza.
Todo el mundo lo venera
Por sus virtudes preclaras,
Y en la ciudad para nadie
Su nombre ignorado pasa.
Con respeto le saludan
Los que al hidalgo escuchaban,
Y así el ilustre Pacheco
Y el humilde Miguel hablan:

III

—¿Vos, Miguel, con esta gente
Mano á mano departiendo?
—Pacheco, estaba leyendo
El libro más elocuente.
Mi história les relataba,
Ellos con gusto me oian;
Unas veces se reian,
No faltó quien se mofaba....
Sois pintor, y con desyelo
Tras los modelos andais:
Si vos modelos copiais

Yo tambien copio un modelo.
Él las páginas mejores
De mis obras ha inspirado:
Más pensamientos me ha dado
Que los más sábios doctores.
Por él escribo en Sevilla,
En un estilo sencillo,
Rinconete y Cortadillo
Y el cuento *La Gitanilla* (7).
Mis hidalgos, mis galanes,
Mis soldados fanfarrones,
Alguaciles y soplones,
Gitanillas y rufianes;
Mis dueñas, mis escuderos
Y mis mozas de meson,
Todos ellos, todos son
Personajes verdaderos.
Sus palabras, sus acciones
En mi pensamiento anoto:
Yo del pueblo en saco roto
No echo nunca las lecciones.
Y en los barrios de la villa,
De Málaga en el Perchel,
En las prisiones de Argel
Y en las plazas de Sevilla,
Miro, veo, observo, toco,
Y entre las gentes me pierdo:
Unos me tienen por cuerdo,
Pero muchos más por loco.
Y con ello no recibo
Ni contento ni dolor:
Pinto, porque soy pintor,
O porque pinto si escribo.

Pintores somos los dos,
Pacheco: la humanidad
Nos muestra la realidad,
Lo ideal viene de Dios.
—¡Lástima grande, Miguel,
Que el modelo no os comprenda!
—Qué importa que no me entienda,
Si yo lo comprendo á él.
—Sabeis, los que en derredor
Estais, ¿quién es este hombre?
—No les he dicho mi nombre,
Que es un nombre sin valor.
—Sin valor para ignorantes,
Que os tienen en el olvido,
No para aquel que ha leido
Al gran Miguel de Cervantes;
No para aquel que recrea
Su gusto con la lectura
De la sabrosa aventura
De la dulce *Galatea*.
Vos sois, y decirlo quiero
Aunque os ofenda el oido,
El ingenio más cumplido
Y el más noble caballero.
—Dijérais, á haber hablado
En razon, no en amistad,
Que soy en esta ciudad
El hombre más desgraciado;
El hombre que ni un momento
Vé cumplida su esperanza,
Que sólo al dolor alcanza,
Y el dolor es su sustento;
Que, en lucha con su destino,

Vá su mision realizando,
Que acaso yá está llegando
Al final de su camino....
Mas abreviemos razones
Y aquí la história dejemos:
La noche encima tenemos
Y suenan las oraciones.
Pacheco, con Dios quedad,
Y perdonad si mi labio,
Cobarde, infirió un agravio
A vuestra franca amistad.
Id con Dios; pensad un poco
En mí, los que habeis creido,
Porque he llorado y reido
Como un loco, que soy loco.
¡Yo camino con mi cruz,
Ya riendo, ya llorando,
Trás de la noche esperando
De un nuevo dia la luz!

Vivos modelos copiaba
Cervántes, cuando escribia,
La España que conocia
A sus libros trasladaba:
En sus páginas pintaba
De la verdad cuadros fieles;
Que aunque del arte de Apeles
Ignoró las gracias sumas,
Hay pinceles que son plumas,
Y plumas que son pinceles.

Él del corazon humano
Los misterios sorprendió,
Y al libro los trasladó,
Abierto y roto su arcano:
Con ingénio soberano
Formas daba á lo ideal;
En esa lucha mortal,
En que se ajita sin calma,
Pintaba el cuerpo y el alma,
Pintaba el hombre moral.

Tres siglos van de corrida,
Miguel; ¡y quién es el hombre
Que no conoce tu nombre,
Que no conoce tu vida!
¡Qué alma noble y bien nacida
No llora al saber tu história!
¡Quién borra de su memoria
Tu ingenio y fortuna escasa,
Si cada siglo que pasa
Es pedestal de tu glória!

Luis Montoto.

NOTAS

(1) Cervántes llama *mozas de la casa llana* á las de vida alegre.—*Muchachos de la esportilla* los que concurrian á los mercados públicos con una espuerta y se ocupaban en hacer mandados.—*Avispones* «los viejos que servian de andar de dia por toda la ciudad avispando en qué casa se podia dar un tiento de noche.»—*Rinconete y Cortadillo.*

(2) Prólogo á las *Novelas ejemplares.*

(3) *Viaje del Parnaso.*

(4) Idem.

(5) «.....El camino que llevo es á la ventura, y allí le daria fin donde hallase quien me diera lo necesario para pasar esta miserable vida....»—*Rinconete y Cortadillo.*

(6) En 1590 Cervántes dirigió un Memorial al Rey suplicando se dignase concederle un oficio en Indias, acogiéndose con esto, como él mismo dice, «al remedio á que otros muchos perdidos en aquella ciudad (Sevilla) se acogian, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España.» Pasada la solicitud al Consejo, se decretó en los términos siguientes: «Busque Cervántes por acá en qué se le haga merced.»—NAVARRETE.

(7) Cervántes, en la dedicatoria de las *Novelas ejemplares*, las llama tambien cuentos: «....Sólo suplico que advierta vuestra excelencia que la envio como quien no dice nada, doce *cuentos* que, á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumirian ponerse al lado de los más pintados.»

RIOJA

«...Así mi amor se estiende
tanto, que á luz y á sombra y á rocío,
muero en llamas, y en lágrimas me anego.»
RIOJA.

I

Vencida al fin por el sueño
y en sus brazos reclinada,
Sevilla, la pátria ilustre
que meció alegre y ufana
la cuna de mil varones
que son su orgullo, y ensanchan
el límite de su historia
siempre gloriosa y preclara,
en el manto de la noche
envuelta, triste y callada,
más que ciudad populosa
tranquilo eden semejaba.

Sólo turba su silencio
un eco que léjos vaga,
y es el murmullo del Bétis
que alegre corre á sus plantas;

murmullo que el viento lleva
en sus purísimas alas;
murmullo que vá diciendo
mil amorosas palabras,
y que es el sólo testigo
de las venturosas ánsias
con que eterno amor se juran,
en una abierta ventana,
algun apuesto mancebo
y una niña enamorada.

Todo era entónces sublime;
todo calma respiraba,
y hasta ese templo gigante
que de Dios el poder canta
y al mismo cielo se eleva
con magnífica arrogancia,
á los rayos de la luna
más hermoso se mostraba;
rayos que, entrando indecisos
por una reja, alumbraban
con débil y opaca luz
los ámbitos de una estancia,
proyectando en las paredes
sombras mil que, cual fantasmas,
como huyendo de sí mismas,
por doquiera se agitaban.

En esa estancia se encuentra
un mancebo en quien marcadas
se ven las huellas profundas
de desventuras amargas.

Entre sus manos la altiva
y noble frente ocultaba,

y su negra cabellera,
flotante sobre su espalda,
del leon á la profusa
melena se asemejaba.

Su varonil hermosura,
su negra barba cerrada
y su noble gentileza,
indicios bien claros daban
de que era noble su cuna
y era su estirpe elevada,
á la par que su semblante
macilento revelaba
la profunda desventura
de que era presa su alma.

Unas veces, impaciente,
aquella espaciosa estancia
con sus pasos recorria;
y otras, caer se dejaba
en un sillon colocado
enfrente de una ventana,
por la cual la débil luz
de la luna penetraba,
cuyos moribundos rayos
su hermosa frente besaban.

¡Qué mal con su juventud
se aduna desdicha tanta!
¡Qué triste es ver en su frente,
aunque del génio la llama
brilla esplendente y hermosa,
la nube negra y opaca
de la amargura, que el sol
de toda su dicha empaña!

¡Triste Rioja! ¡Dios sabe
lo que sucede en su alma...!

II

De su pecho gigante en lo profundo,
una lucha fatal y encarnizada
ardiente estalla con furor insano;
lucha en que el alma, de sufrir cansada,
al cielo pide en vano
valor para triunfar y fortaleza
para que el alma altiva su firmeza
no pierda y retroceda ante el contrario,
pues en ese combate tan sangriento,
para poder vencer, es necesario
ese noble y sin par desprendimiento
que hizo morir á Cristo en el Calvario.

«¡Deber y amor! Antorchas refulgentes
»que iluminais del hombre la carrera,
»¡qué bellas son vuestras hermosas frentes,
»que siempre el hombre con afan venera!
»Mas, cuando del amor al sacrificio
»nos obliga el deber, siempre miramos
»abierto á nuestros piés un precipicio;
»precipicio fatal que en vano el hombre
»salvar intenta con afan ardiente.
»¡Caer, ó no caer! No hay más camino,
»y ámbos son espantosos igualmente.
»Y en vano entónces el favor invoca
»del cielo, el hombre, con tenaz delirio,
»pues si la muerte no halla en una roca,
»la vida que le queda es un martirio.»

Así dice Rioja en su quebranto,
y cada frase que su voz modula
á sus ojos agolpa un mar de llanto;
llanto que, cuando yá no encuentra abrigo
dentro del pecho y á sus ojos brota,
triste lleva consigo
un pedazo del alma en cada gota.

Y prosigue en su angustia de esta suerte:
«¡Pobre esperanza mia,
»tengo que darte muerte
»en aras del deber! ¡Yo, que tenía
»mi dicha en tí cifrada,
»he de verte marchita en mis congojas,
»cual bella flor purísima y preciada
»á quien arrancan sin piedad las hojas!
»¿Cómo, Isabel, sin tí, podré del mundo
»cruzar la senda de dolores llena,
»si de mi amante pecho en lo profundo
»tu dulce voz no suena?
»¿Cómo podré vencer al amor mio
»y triunfar en la guerra que sostengo?
»Valor para vencer en vano ansío,
»y ese valor me falta.... ¡No lo tengo!
»Si en esta impía guerra con que lucho
»oigo al deber, es fuerza que sucumba
»mi pobre amor; y si á mi amor escucho,
»en mi pecho el deber halla una tumba.
»¡Oh! yo haré de mi amor callar el grito
»y que venza el deber.... ¡Isabel mia,
»el amor que me abrasa es infinito,
»mas puede más mi honor; que es un delito
»no pagar una deuda que mi padre

»en el mundo dejó! Sí; yo con creces
»sabré pagarla aunque á mi amor no cuadre,
»y aunque haya de apurar hasta las heces
»el cáliz del dolor y la amargura.
»¡Padre, descansa en paz! Duerme tranquilo
»en tu lóbrega y triste sepultura,
»que es en el mundo tu postrer asilo;
»yo pagaré tu deuda, aunque la vida
»me cueste tal accion, pues si cediendo
»á mi pasion querida,
»desgraciado á don Juan por siempre hiciera,
»fuera tal mi cruel remordimiento,
»que alzarse siempre ante mis ojos viera
»tu sombra, padre mio, en mi tormento,
»que cuentas por mi crímen me pidiera,
»con la voz de rugiente catarata
»que desde la montaña hasta la alfombra
»del prado ameno horrible se derrumba,
»y no me libraria de esa sombra,
»¡ni áun en el mármol yerto de la tumba!»

III

Así, con afan doliente
se queja de su fortuna;
inclina triste la frente
y en ella vierte esplendente
su pálida luz la luna.

Y al ver su tibio fulgor,
con amargo desconsuelo
recuerda su pobre amor;
¡parecia que hasta el cielo
gozaba con su dolor!

Dolor que en su pecho hervia
y que su rostro mostraba;
dolor tal, que parecia
que en su pecho no cabia
y á su semblante asomaba.

Pero entre tantos abrojos,
su más agudo suplicio
es que mira con enojos,
que, de Isabel á los ojos,
no será su sacrificio,

Más que una infame traicion
y un desengaño cruel;
y él en su inmensa afliccion,
no podrá su corazon
cual es mostrar á Isabel.

Pues un hombre generoso
que honor y vida salvar
supo á su padre, afanoso
á Isabel pretende dar
el dulce nombre de esposo.

Y aunque el padre de Isabel
sin ver su triste congoja
quiere casarla con él,
ella se resiste y fiel
guarda la fé de Rioja.

La pobre niña ignoraba
lo que era amar y sufrir,
y nunca se imaginaba
que el amor que la abrasaba
tuviese que sucumbir.

Y que su pecho que, amante,
lleno de afan y ventura,
meció su cuna anhelante,
se trocase en un instante
en su fatal sepultura.

Ella en la reja esperando
estará, miéntras gimiendo,
él en ella está pensando;
ella le espera sonriendo;
él la recuerda llorando.

¡Pobre Rioja! Tu sino
te separa de Isabel;
así lo quiere el destino,
que de ese modo cruel
la arranca de tu camino.

Y con terrible valor,
exclama en su padecer
con acento que dá horror:
«¡Pues que lo quiere el deber,
yo haré callar á mi amor!»

IV

En un extenso salon
lujosamente adornado
y de tapices forrado
por doquier con profusion,

un anciano en cuya frente
marcada está su tristeza,
y cuya altiva cabeza
dejó la edad inclemente,

en sus traidoras hazañas
y presa de afan aleve,
aún mas blanca que la nieve
que corona las montañas,

habla con pausado acento
á una niña hermosa y pura
que le escucha en su amargura
con callado sufrimiento.

Ni una queja de sus labios
se desprende en su dolor,
pues el hablar de su amor
es hacer al viejo agravios.

Pero su inmensa pasion
vencer la infeliz no puede;
¡la cabeza siempre cede,
pero nunca el corazon!

Ella quiere obedecer
á su padre; mas en vano;
al intentarlo, tirano
dice su amor: ¡No ha de ser!

Y de su padre el consejo
olvida yá en su congoja,
que ante su amor á Rioja
no escucha su amor al viejo.

El cual al mirar que todo
cuanto haga para vencer
su amor, en vano ha de ser,
la reprende de este modo:

—Isabel, la vîolencia
no usé para convencerte;
con amor quise vencerte
esa tenaz resistencia.

Mas yá que mi voz fué vana,
aunque eso mi alma destroza,
será don Juan de Mendoza
tu esposo, Isabel, mañana.

Yo mi palabra le he dado
y se la sabré cumplir.
—¿No veis que me haceis morir?
—¡Es forzoso!
—¡Padre amado,
por piedad...!
—Entre los dos
tal conversacion es vana.
—¡Padre del alma!
—Mañana
ó serás suya, ó de Dios.

Y con paso acelerado
salió de aquel aposento,
dejando en su sufrimiento
á un ángel abandonado.

V

La pobre niña al escuchar, transida
de dolor y terrible desventura
esas palabras que profunda herida,
sin tener compasion de su amargura,
abrian en su pecho, muda, helada

de terror y de espanto,
quedóse cual estátua inanimada,
sin fuerzas, sin suspiros y sin llanto;
que era tal el dolor que á su alma heria,
que consuelo en las lágrimas buscaba,
y ese llanto que al cielo le pedia
á sus enjutos ojos no asomaba.
¡Desgraciada Isabel! Su frente hermosa
la nube anubla de su imensa pena,
y sus megillas de color de rosa
toman la palidez de la azucena.
La luz de sus pupilas triste arde
cual entre nubes de zafiro y grana
se oculta el sol al declinar la tarde;
densa nube á sus ojos aparece;
su talle pierde la esbeltez galana;
nadie apoyo la ofrece
y, casi sin sentido, desplomada
en un sillon cayó. ¡Con qué agonía
miró la pobre niña disipada
esa esperanza en quien su bien ponia!
¡Ella, que solamente
con un amor soñó dulce y süave,
amor que arrullar supo blandamente
sus sueños, ahuyentado los dolores
con su voz indecisa,
semejante al vaivén con que la brisa
sabe arrullar los sueños de las flores!
Ella, blanca paloma que del nido
sale á volar quizás por vez primera,
yá empieza á padecer y áun no ha salido
de su grata florida primavera.
Áun es blanco capullo que sus hojas

abre á la luz en el ardiente estío,
y al abrirlas recibe en sus congojas
gotas de hiel, no perlas de rocío.

Y sin sentido, inmóvil, desmayada
la pobre niña en su ansiedad seguia
sola y abandonada,
devorándole el pecho su agonía.
Tras largo rato de silencio y calma,
volvió la pobre en sí, y al verse sola
recordó aquella escena que á su alma
dejó con saña impía
muda, yerta de espanto
y de terror helada,
y volvióse á quedar en su quebranto
en tristes reflexiones abismada.

De la entrada el tapiz un hombre alzando,
pisó de aquella estancia el pavimento,
y al mirarlo Isabel, con ronco acento
dió un grito y «¿Eres tú...! ¡Tú aquí, Dios mio!»
exclamó en su terrible desvarío
la pobre niña, para amar nacida,
y que miró, por burla de su suerte,
llevar á los altares de la muerte
el objeto del culto de su vida.

Y al ver al hombre aquél, como cediendo
á una fuerza tenaz, se irguió y medrosa,
«¿Qué buscas?» preguntó, quizá temiendo
que su padre volviera, y afanosa
la estancia recorrió con su mirada.
—¡Mi muerte busco sólo!

—¿Tu muerte...!
—Sí, mi muerte decretada
por el cielo.
—¿Qué dices?
—Que mi suerte,
abriendo en mi pasion inmensa herida,
me hace dar á mi amor horrible muerte
y que la vida sin amor no es vida.
—¡No te entiendo!
—Isabel, manda el destino
que sucumba mi amor.
—¿Qué...?
—Que no puedo
amarte....
—¿Será cierto?
—Que mi sino
te arranca sin piedad de mi camino,
cual, sin ver sus congojas,
al mirarlas caidas,
separa el viento las marchitas hojas
de las ramas de un árbol desprendidas.
Ese hombre que tu mano
con tanto afan pretende y tanto anhelo,
salvó á mi padre anciano
la vida y el honor, y quiso el cielo
que le jurara estando moribundo,
cuando en su lecho de dolor yacía,
sacrificar por él todo en el mundo:
mi amor, mi bienestar y mi alegría.

Y aunque vida y fortuna por él diera,
mi vida y mi fortuna no bastáran....
¡Mil vidas que tuviera,
la muerte de mi amor no compensáran!

Y al acabar de hablar, en su tormento,
ve al padre de Isabel que triste avanza
desde el fin del salon con paso lento,
ansioso de tomar pronta venganza,
y, helado de terror y de agonía,
quedóse inmóvil. ¡En su pena insana,
una estátua de mármol parecia
que al cincel le debia
aquella forma y apariencia humana!

El anciano, al mirarlos, un «¡Infame!»
dejó escapar de sus marchitos labios.
—¡Padre!
—Tu acento así nunca me llame,
que ese nombre en tu boca me hace agravios.
—¡Dios mio!
—Y vos, ¡salid!—dice á Rioja,
que inmóvil le escuchaba
transido el pecho de mortal congoja:
—¡Salid, desventurado!
¡Salid de esta mansion tan noble y santa,
que manchará este suelo siempre honrado
el contacto fatal de vuestra planta.

Y él, sin decir «¡adios!,» ¡cual si á su mente
un vértigo asaltara, sin sentido,
con la veloz carrera de un demente
salió de aquella estancia en que sus bellos
ensueños vió morir con honda pena,
sacudiendo el raudal de sus cabellos
como el leon sacude su melena.
Y «¡Yo haré de mi amor callar el grito!»
—dice mostrando la afliccion que siente;

«¡Mi amor ante el de él era un delito,
y yo no he de ser nunca delincuente!»

Y al hallarse en la calle, en su cabeza
un volcan hervir siente cuya lava
son sus recuerdos llenos de tristeza,
y sus tormentos crecen,
y horrorizado ve, lleno de espanto,
dos sombras que á su vista se aparecen.
¡Nada en su angustia dice,
pues ve cuando el dolor le despedaza,
la sombra del deber que le bendice;
la sombra de su amor que le rechaza!

. . . .
. . . .

Y cuando el sol, de vuelta de otra esfera,
vino á alumbrar el horizonte hispano,
la pobre niña, por su suerte fiera,
tuvo que dar su mano
á un hombre sin amor; ¡mas su agonía
de ella tuvo piedad, y en poco tiempo
llevóla al borde de la tumba fria!

Y cuando el viento los cipreses mueve
de su tranquila sepultura al lado,
una oracion sublime que conmueve
lleva consigo á su sepulcro helado.
¡Santa oracion que besa con anhelo
su fosa, de dolor haciendo alarde;
y luego con afan se eleva al cielo
en alas de las brisas de la tarde!

EPÍLOGO

Con silencioso misterio
la noche al mundo envolvia
y manso el viento gemia
en oscuro cementerio.
De los muertos el imperio
triste aspecto presentaba,
y tan sólo se escuchaba
en torno el fúnebre acento
con que murmuraba el viento
ó con que el sauce lloraba.

Porque es todo tan sombrío
en esa mansion desierta,
en la que el hombre despierta
al pié del sepulcro frio,
que en creciente desvarío,
todo cuanto allí se anida,
con voz triste y dolorida,
en su calma nos advierte
que en el altar de la muerte
vé el hombre lo que es la vida.

Quizás esta reflexion
un sacerdote se hacía
que arrodillado gemia
á los piés de un panteon.
De su pecho la afliccion
en su rostro se mostraba,
y el llanto que derramaba,
en su horrible padecer
sobre el mármol al caer
al mismo mármol quemaba.

«Isabel, Isabel mia,
»—dice aquel hombre llorando—
»si aquí me ves derramando
»este llanto de agonía,
»calma mi pena sombría,
»mitiga mi acerbo duelo;
»pídele á Dios con anhelo
»que me lleve junto á tí,
»y puedas unirte á mí,
»si no en el mundo, en el cielo.

»¡Si tú pudieses mirar
»este afan que es mi martirio;
»si supieses el delirio
»con que lucho sin cesar,
»quizás á mi malestar
»mandaras un lenitivo,
»pues yo tambien soy cautivo
»de una tumba en esta guerra:
»si tu fosa está en la tierra,
»yo soy un sepulcro vivo!»

Esto dijo, y al mirar
que la luna se ocultaba
y que la aurora empezaba
tras los montes á brillar,
volvió la tumba á besar
con sus lágrimas regada,
y de la mansion sagrada
se alejó triste y sombrío,
repitiendo: «¡Padre mio,
yá está tu deuda pagada!»

JUAN ANTONIO CAVESTANY